

UNA LECTURA CREADORA

Ramón Carnicer

EN 1967 hube de prologar, por requerirlo la tradición del concurso, el primer volumen en prosa de Antonio Pereira, *Una ventana a la carretera*, que acababa de obtener el premio Leopoldo Alas para libros de cuentos literarios, el más prestigioso de España por aquel entonces. A partir de él y con los volúmenes de poesía *El regreso* y *Del monte y los caminos*, publicados anteriormente, he venido leyendo todas sus obras. Ahora debo decir algo sobre la más reciente: la colección de cuentos y relatos titulada *El Síndrome de Estocolmo*.

Hay en las prosas de Pereira unos caracteres derivados del talante del autor, sobre todo humor e ironía, y otros producidos por su esfuerzo personal, por la consideración de lo literario como quehacer donde no caben pausas ni concesiones circunstanciales, sino una exigencia creciente y una acumulación de perfecciones y de eficacia capaces de proporcionar a lo realizado la condición de obra artística, testimonio a la vez del momento presente o pretérito acotado por el autor.

EL humor y la ironía puestos en acción en los cuentos de aquel ya lejano libro eran directos y aparecían formulados con todos los componentes precisos para llegar al lector sin exigir de éste más que la lectura, servida por un lenguaje claro, riguroso en matizaciones y significaciones y a la vez fluido y natural.

En esta última creación, el talante es el mismo; el lenguaje se nos ofrece con iguales valores, acrecidos en destreza y maestría; operan sobre uno y otro el vivir y el saber acumulados durante dos decenios y la experimentación efectuada en los libros compuestos entre aquel primero y este último. La diferencia fundamental estriba en que la formulación humorística e irónica es menos directa, un tanto evasiva, pero no menos eficaz, y en que las situaciones creadas o revividas no nos son dadas con la totalidad de los elementos necesarios para su directa comprensión. Por el contrario, se suprime parte de lo que sería forzoso incluir si se tratase de un acta notarial, de un inventario conducente a una tasación de bienes, de un sumario judicial con vistas a una decisión apoyada en el articulado de un texto jurídico.

EN esta poda o recorte en la expresión de lo rigurosamente preciso, sin que se sustraiga, no obstante, nada esencial, radica el envidiable, el extraordinario mérito del libro que ahora nos ocupa: en el agudo cálculo de Pereira al proponer un juego en que el lector ha de agregar lo que el autor sugiere. El empeño es viejo, aunque

algunos lo presenten como una novedad, pero el éxito no siempre acompaña a quienes intentan realizarlo. Las fórmulas para ello nunca han sido expuestas de manera exacta, ni acaso puedan serlo. Valga como ejemplo ésta del siglo XVIII, de Lorenzo Sterne, que dice en su *Tristram Shandy*.

Así como nadie que se encuentre en buena compañía se atreverá a decirlo todo, así, ningún autor que entienda cuáles son los límites de la buena crianza osará pensarlo todo. El mejor homenaje y prueba de respeto que puede dársele al entendimiento del lector es repartir la cosa a medias y dejarle imaginar algo por su cuenta.

Mas ¿cómo medir y dividir por mitad la tarea? A cuenta de tal propósito se puede caer en lo confuso, en lo laberíntico y aun en lo absurdo e incomprensible, y con ello en el riesgo de que el lector se desentienda de la lectura y abandone el juego propuesto. A esto nunca se llega en los relatos de *El Síndrome de Estocolmo*. Aquí, la inteligencia calculadora del autor hace que el lector acepte su parte y la cumpla con el goce y la momentánea liberación de lo cotidiano perseguidos en la lectura literaria.

COMO si Pereira quisiera registrar, para contraste de estilo, la exposición completa de datos de *Una ventana a la carretera* con la supresión de los que el lector ha de aportar a la lectura, compárese en *El Síndrome de Estocolmo* el relato titulado "El Gobernador" con cualquiera de los quince restantes del libro, por ejemplo con "Visita impía al Gulbenkian" o con "Los ojos luminosos".

